

Iritzia

Behatokia

Momentos chiripitifláuticos

POR Koldo Mediavilla



La impostura de una progresía de baja calidad que vive del eslogan, de tópicos ideológicos de pasquín trasnochado, lleva no pocas veces a devaluar la democracia y banalizar las instituciones. ¡Qué nivel!

LAS Juntas Generales de Bizkaia, institución de la que soy apoderado, celebraron el pasado miércoles una sesión plenaria en Gernika. En ella se debatieron distintas iniciativas de diferente naturaleza y contenido. Entre las materias sometidas a debate parlamentario, se encontraba, a propuesta de dos grupos de la oposición, la aportación presupuestaria que la Diputación debe consignar para las políticas de cooperación y desarrollo internacional. Un ámbito en el que las instituciones vascas—Gobierno, diputaciones y ayuntamientos—han sido y son especialmente sensibles y que, por desgracia y como consecuencia de la crisis económica, han visto reducida las partidas destinadas a tal fin. En la gestión pública hay que tener en cuenta básicamente el principio de realidad. Es decir, que más allá del deseo o de la voluntad se impone la capacidad posible de actuar, la certeza de los recursos económicos disponibles en cada momento.

Solía repetir José Luis Bilbao, siguiendo las enseñanzas que le transmitieron en la Facultad de Ciencias Económicas de la UPV (Sarriko), que gobernar, gestionar, es determinar prioridades pues los recursos públicos siempre son escasos y son susceptibles de usos alternativos. Dicho de otra manera, que ante las múltiples necesidades generadas en la sociedad y la insuficiencia de fondos públicos para atender-

las en su integridad, quienes democráticamente nos representan se ven obligados a optar y priorizar en qué se gastan o destinan dichos recursos. Ese establecimiento de prioridades califica, según los cánones tradicionales, las políticas públicas como progresistas o conservadoras (derecha-izquierda).

Si no se atendiera al principio de realidad, los problemas se convertirían en irresolubles, llegando a la descomposición del sistema. Y, si los responsables públicos no llegarán a jerarquizar los problemas y su satisfacción, nos encontraríamos con un efecto similar al del asno de Buridan, que murió de hambre y de sed porque sintiendo ambas necesidades fue incapaz de ordenarlas situado como estaba entre un cubo de agua y un fardo de cebada. Cuento todo esto porque no todo el mundo tiene en consideración tales premisas.

Vuelvo al pleno de Gernika. El debate de los fondos de cooperación y desarrollo llevó hasta la tribuna a uno de los portavoces de los grupos de la oposición. Sus primeras palabras ya advirtieron del rigor argumental que nos esperaba. "Hace unos años—comenzó su disertación el orador—, no sé cuántos, pero no hace mucho, un montón de gente salió a la calle para pedir...". ¿Hace unos años? ¿Un montón? "Ay ama!—pensé— como todos los datos que se utilicen tengan tanta precisión, vamos a presenciar un debate memorable". Así fue. Las cifras parecían sacadas de una subasta. Solo me quedé con el 0,7%. Pero ¿de qué? ¿Del presupuesto de la Diputación? ¿De la Comunidad Autónoma? No. Del Producto Interior Bruto. Sí, bruto, muy bruto.

Pero sí en lo de los números aquello fue un tanto disparate, en el argumentario llegó el desparrame. En el trance, me acordaba de, Pazos, aquel personaje de la película *Airbag* que con su deje gallego repetía: "Concepto, lo importante es el concepto". Y los conceptos brotaron a borbotones como las aguas de un generoso manantial.

En el fragor dialéctico se habló casi de todo. Se apeló genéricamente a "la ley". Sí, "la ley que obliga a consignar el 0,7%". ¿Ley? ¿Qué ley? De ahí se pasó a la globalización. La globalización de ocurrencias. Que si la venta de armas, las multinacionales, el capitalismo salvaje, Israel—Estado que fue calificado de "terroris-

ta" por el portavoz de turno de la izquierda patriótica (cuando se entere Iñarritu)—, las mafias... Hasta el líder anticolonialista congoleño Patrice Lumumba salió a pasear no se sabe bien por qué motivo.

Aquella mezcla de consignas fue cuestionada por quien quiso apelar al principio de realidad volviendo al origen de que lo que se debía plantear en la práctica parlamentaria era el *quantum* de la partida presupuestaria y de dónde se sacaban los fondos que se pretendían añadir. La priorización de los problemas a la que antes aludía. La sensata voz del juntero socialista, lejos de ser atendida, fue recriminada como un intento de "sustraer" el debate. ¡Qué nivel Maribel! Pero el punto en cuestión del orden del día no fue el único en el que se rayó la alucinación. Hablando de la negociación del futuro Tratado Transatlántico de Libre Comercio (TTIP)—sobre el que las Juntas Generales de Bizkaia tienen un ámbito competencial fuera de toda duda—, en la tribuna de oradores se exhibió una botella de txakoli o se mencionó al "pollo clorado", amén de otras lindezas como las de definir a los partidos políticos mayoritarios (todos menos los emergentes) de "partidos del régimen".

¡Qué pena más grande! En discusiones de taberna he visto más sentido común y más respeto que la contemplada en sede institucional. Dirán que estoy poniendo límites a la libertad de expresión. Que la "casta"—yo mismo—no soporta la "nueva forma de hacer política". Que nos molesta la "transparencia" porque tememos perder nuestros "privilegios". Y no. Lo que me aflige es la devaluación de la democracia. La banalización de las instituciones y, sobre todo, la impostura de una progresía de baja calidad que vive del eslogan, de unos tópicos ideológicos de pasquín trasnochado. De una posición que, siendo legítima, exhiben con desprecio a los demás.

Pasado el aciago trámite parlamentario, un compañero de bancada compartía las mismas sensaciones. Su inquietud iba más lejos. "¿Te imaginas a estos gobernando?". La verdad es que no, pero se me eriza el vello de solo pensarlo. Cuando la indignación ciudadana obtuvo

Podemos era un proyecto trazado para el cambio de la élite, no para bajar a pie del terreno. Hacerlo les ha obligado a sumar fuerzas heterogéneas de difícil conciliación

articulación a través de nuevos partidos, creí sinceramente que asistíamos a la oportunidad de encontrar una nueva formulación de la política. Que había un refresco ideológico y participativo que sería positivo para todos. Pero las consecuencias prácticas de esa nueva articulación partidaria me han decepcionado totalmente.

Aquel movimiento eclosionado tras los comicios europeos que lideraban Pablo Iglesias, Errejón o Monedero tenía su encanto y hasta una cierta visión cautivadora. Podemos representaba una radicalidad ideológica exenta de concreción. Su música sonaba bien, pero le faltaba una letra que la acompañara. Su apuesta era el "cambio global" y en su perspectiva solo cabía el ámbito del Estado. Vista la evolución devenida, demuestra que el enfoque no era del todo desacertado. Podemos era un proyecto trazado para el cambio de la élite, no para bajar a pie del terreno. Hacerlo les ha obligado a sumar fuerzas heterogéneas de difícil conciliación. Un sumatorio de colectivos y personas que aprovechándose de la debilidad organizativa de la nueva marca han copado listas y puestos que no dejarán vacantes ni con agua hirviendo. Al más puro estilo de la "casta" que tanto han denostado. Su cisma en Euskadi se vislumbra ya y será el resultado lógico de un crecimiento apresurado y sin coherencia.

Sin embargo, las consecuencias de esta crisis no serán inmediatas. Todavía existe un sentimiento simpático por una buena parte de los electores que en los próximos comicios generales—para los que nació Podemos—respaldará a las candidaturas de los círculos e incluso les dotará de una fortaleza social notable. Pero que nadie se engañe: el destino madrileño de las actas en juego puede que sea la causa mayor de esa presunta fortaleza que surja de las urnas. Un espejismo nada más que durante un corto espacio de tiempo ocultará la descomposición en la que ha entrado Podemos o, mejor dicho, sus representantes institucionales de aquí. Tiempo al tiempo. Mientras tanto, habrá que cargarse de paciencia y tolerancia. En las instancias institucionales próximas—ayuntamientos y juntas generales—nos aguardan momentos chiripitifláuticos. Como cuando en *La vida de Brian* el Frente Popular de Judea reivindicaba la disolución del imperio romano en 24 horas. ¿O eran los disidentes del Frente Judaico Popular? Los del "régimen", ya se sabe, somos más aburridos. Lo nuestro es gestionar los recursos públicos susceptibles de usos alternativos. O, lo que es lo mismo, gobernar.

* Secretario del EBB de EAJ/PNV